

El autorretrato de Dios en los circuitos neurales de Jesús Mosterín

Asegura Jesús Mosterín en su libro *La cultura humana*¹ que cada “uno de nosotros tiene en su interior dos procesadores de información: el genoma y el cerebro. Nuestra naturaleza existe y está en el genoma, es decir, en los cromosomas del núcleo de cada una de nuestras células (excepto los eritrocitos). Nuestra cultura también existe. ¿Dónde está? En un sentido actual, está en nuestro cerebro. En un sentido virtual o potencial (como cultura virtual), está también en los soportes artificiales extracerebrales en que almacenamos ciertos contenidos culturales”.

Estas no temblorosas aseveraciones las realiza Jesús Mosterín desde un modelo de totalidad que, asumido como incuestionable, le ha permitido (¿exigido?) procesar un libro muy estimulante, muy “de actualidad”, que describe con rigor etnográfico un universo divertido, elegante y limpio –como un iphone de última generación-.

Nuestra cultura, a diferencia de nuestra *natura*, sería la información que se obtiene por medio del aprendizaje: del aprendizaje que permite nuestra pertenencia a la sociedad humana. Y es el cerebro –“el órgano de la cultura”- el encargado de recogerla, de procesarla, de almacenarla: de actualizar su ser. ¿Cómo ocurre esta maravilla? La respuesta parece ser tan sencilla como prodigiosa:

“La estructura anatómica y funcional del cerebro está determinada por los genes en todos sus rasgos generales y multitud de detalles, pero una gran parte de las conexiones neurales del cerebro se van formando a lo largo de nuestra vida, como consecuencia de nuestras percepciones y otras interacciones con nuestro entorno, incluidas las que se dan con otros congéneres, sobre todo con nuestra madre y otros familiares durante la primera infancia. A esta capacidad de establecer nuevas conexiones neurales se llama plasticidad cerebral. La plasticidad cerebral es máxima durante nuestra infancia y va decreciendo a partir de la pubertad. El cerebro del adulto está más consolidado y es bastante menos plástico que el del niño.”

La memoria, en eso de fijar una cultura en nuestro cerebro, será al parecer decisiva: “La consolidación de la información en la memoria operativa conduce al establecimiento de circuitos neuronales permanentes mediante el reforzamiento de las sinapsis entre las neuronas que los componen. Esto se lleva a cabo mediante la activación de ciertos genes y la síntesis de nuevas proteínas como la actina, que inducen cambios estructurales permanentes en la morfología de la neurona y su citoesqueleto, en especial, el agrandamiento de espinas dendríticas presentes o la creación de espinas nuevas. Al estimularse por el aprendizaje, las espinas pequeñas se agrandan, lo que a la vez les hace perder plasticidad y las convierte en el soporte estructural duradero de la memoria a largo plazo [...] La cultura es parte de la información retenida en la memoria a largo plazo.”

Se nos acaba de decir que a mayor cultura en el cerebro (esto es: mayor información retenida a largo plazo) menor plasticidad cerebral: menor capacidad de establecer nuevas conexiones neuronales. ¿Intuía esta desalentadora disyuntiva Krishnamurti cuando recomendaba desaprenderlo todo para alcanzar la libertad verdadera?

Pero Jesús Mosterín no parece estar dispuesto a que su cerebro –ni los que forman la galaxia de cerebros globalizados- se libere de la “cultura”, sobre todo, quizás, porque esa forma (esa in-formación global), no solo es muy seductora, sino también muy dinámica, muy “viva”: recogería críticamente toda la cultura aprovechable del

¹ Jesús Mosterín: *La cultura humana*, Espasa Calpe, Pozuelo de Alarcón, 2009.

pasado y la tendría ahí disponible, en forma de circuitos neurales actualizados en cerebros; o potenciales: esperando, anhelando convertir mentes, como virus muertos/vivos, agazapados en soportes extracerebrales.

Es especialmente interesante el primer capítulo de esta obra de Jesús Mosterín. En él analiza el concepto de “información”: eso que está ahí codiciando la fértil plasticidad de nuestros cerebros. Según Jesús Mosterín, el hecho de que existan seres vivos es algo altamente improbable. Y es que las leyes de la termodinámica parecen querer un universo reducido a “rocas y mares, y gases y plasmas”. Para Jesús Mosterín los seres vivos son seres excepcionales, seres que se perpetúan en ese entorno tan amenazador porque son capaces de “explotar los flujos de información que atraviesan tanto su interior como su entorno, detectando, procesando, almacenando y haciendo uso de la información disponible”.

¿Pero, qué demonios es realmente eso de la “información”? Jesús Mosterín nos lo explica con eficacia (eso sí, siempre desde su algoritmo, desde su procesador; que quizás sea el acertado, ¿por qué no?): “La existencia, por efímera que sea, de un ser vivo, es casi un milagro, algo tan inverosímil y asombroso que solo puede explicarse por la aplicación simultánea y coordinada de miles de trucos sofisticados, codificados en sus genes[...] El uso de la información acumulada en nuestros genes nos permite a los organismos remontar la universal corriente entrópica y seguir avanzando como funámbulos sobre el abismo. Y aquí estamos nosotros para contarlos [...] También dependemos para nuestra supervivencia y bienestar de otro tipo de información, que no está en el genoma, sino en el cerebro, y que constituye la cultura”.

El cerebro. Grumo crucial de materia para el cientismo materialista. Pero, ¿qué es la materia? ¿Alguien lo sabe? Otra pregunta: ¿La información que recibe ese grumo de materia es de “algo” que está ahí fuera, objetivo? Sí. Para Jesús Mosterín el universo existe ahí fuera, tal cual, y, por así decirlo, sopla sobre nosotros información objetiva: “El universo está plétórico de información objetiva, con independencia de que sea detectada o no”. Estamos ante la expresión de un credo, ante uno de los dogmas fundamentales de eso que Popper denominó “religión de la ciencia”; y que no tiene en cuenta la obviedad de que es imposible salir de “nuestra percepción” (de nuestro aparato psíquico/ de nuestro procesador cerebral si se quiere) para “ver” si ahí fuera son las cosas como resultan ser una vez procesadas. Porque no se puede ver sin ver; y ver siempre ve un sujeto. ¿Cómo salirse de la subjetividad para ver –ya sin ser sujeto- qué es lo que hay fuera de nuestras percepciones y de nuestros procesadores? Jesús Mosterín –con honestidad, con algorítmica y pragmática lucidez- no considera las reflexiones del empirismo inglés, y mucho menos las del idealismo alemán. ¿Para qué? ¿Para qué dejarse subyugar por lo ineficaz? Bueno, quizás para no caer en el error de elevar a universo objetivo la suma de las hipótesis –siempre moribundas- que van dando explicación a los “hechos” (¿Cuántos hechos hay?). Jesús Mosterín ha transformado la suposición en realidad. Y parece no dudar. De ahí la fuerza hechizante con la que se despliega el verbo ser en su obra (qué gusto da en plena post/post-modernidad): parecería de verdad que lo que hay es como él lo cuenta. Por fin.

Pero lo que hay, lo que pasa, podría ser absolutamente “otro” de lo que se ha dibujado en el cerebro de Jesús Mosterín –y de otros muchos que participan en este dibujo-. Para liberar “el cerebro” (que es por cierto también una hipótesis, una abstracción) de una eventual in-formación (¿finitización?) excesiva es especialmente útil la propuesta de Feyerabend: no descartar ninguna hipótesis (Jung ya lo había propuesto antes). Pero se trata de una propuesta fertilizante en exceso. Y, como es sabido por los horticultores, el exceso de abono mata el cultivo (la cultura). Jesús

Mosterín cita a Feyerabend en su obra; y le deslegitima afirmando que su propuesta no lleva a ninguna parte. ¿Adónde hay que ir?

Sigamos. Dice también Jesús Mosterín que la “información misma es algo inmaterial, portado por la forma de las señales que la transmiten”. Y que la “llegada de la señal con esa forma cambia el estado cognitivo del observador, modifica sus circuitos neurales”. Vemos por tanto que a nuestro cerebro nunca acuden “las cosas” sino sus señales. Y a partir de esas señales – huellas en la nieve, por ejemplo (bueno, en realidad los fotones que emiten)- inducimos que por ahí ha pasado un determinado animal. Poniéndonos muy kantianos podríamos decir que la cosa en sí (aquello que se supone causa de las señales) se confunde –se identifica-, en el modelo de totalidad desde el que escribe Jesús Mosterín, con la señal que se supone que emite. Y esa misma señal es también una suposición, una causa “exterior” de las configuraciones de nuestro cerebro. Nadie ve las señales, sino que *supone* que percibe lo que esas señales provocan en sus sentidos. Si es que hay sentidos, claro.

El cerebro. Sería el lugar clave: el hábitat de la cultura humana: tierra fértil donde quieren anidar todas las culturas. Jesús Mosterín ofrece una descripción de esa cosa: ese compendio de cosas, esa porción de la materia del universo objetivo. Y lo hace como cualquier neurólogo del paradigma actual: en un espacio-tiempo euclidiano; esto es: en tres dimensiones: susceptible de ser intuido en un estado de conciencia ordinario, o “social”, o “baconiano”, o como se le quiera llamar. Pero, si el cerebro está en el universo, ¿no debe temblar también, abrasarse, en los nuevos modelos de espacio que ofrece la Física? ¿No le afecta, a él también -al templo donde habita *actualmente* la propia Ciencia- esa tempestuosa hipótesis de que lo real de verdad –la realidad pura y dura- podría estar desplegándose en once dimensiones? ¿O son doce ya?

El estatus ontológico del cerebro es crucial en el modelo de totalidad –y en la religiosidad- que se ve a través de las cristalinas frases de Jesús Mosterín. Y es que en otra de sus obras –*La naturaleza humana*- este filósofo afirma que a través del cerebro humano el universo (o Dios dice él) se conoce a sí mismo. El universo sería, para Jesús Mosterín, un Dios aún no conocedor de sí mismo, necesitado por tanto del cerebro humano. Pero, para semejante prodigio, ¿no debería llevar toda cultura (todo conjunto de circuitos neurales aprendibles) un mecanismo de autohibernación que permitiera a su portador –el hombre- liberarse de todo procesador y recibir así “la señal única”, la “información total”: Dios? ¿No sería eso la autoconciencia del universo, la sinapsis total, libre, sin algoritmo, sin orden alguna que diga qué información es la útil y qué hacer luego con ella? ¿Qué sentiría un cerebro con plasticidad infinita? Eso sea quizás el *satori* en el Zen. D. T. Suzuki lo definió como la sensación de estar con Dios antes de que éste dijera: “Hágase la luz”; o, dicho desde la cosmovisión de Jesús Mosterín: la sensación de poder configurar cualquier circuito neural (cualquier “cultura”: cualquier mundo). En libertad.

Quizás haya que vigilar la cultura para que no nos arrebate la plasticidad cerebral. Para que no mutile en exceso el autorretrato de Dios. O, si se quiere, para que no mutile en exceso nuestra creatividad a la hora de crear a Dios.

David López.

Sotosalbos. Mayo 2009.